

LA ISLA DE ROBERT GRAVES

GRAVES DIJO ADIÓS A LOS BLANCOS ACANTILADOS DE DOVER Y —CON LA EXCEPCIÓN DEL PARÉNTESIS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL— RARAS VECES ABANDONÓ EL PUEBLO DE DEIÀ.

VALENTÍ PUIG ESCRITOR



© FRANCESC AMENGUAL



Desde las terrazas de las casas del pueblo de Deià —en el mundo cósmico de la costa norte de la isla de Mallorca— el crepúsculo se acueta en las laderas de olivares, hacia el mar. Deià, a veintisiete kilómetros de la ciudad de Palma —la capital de la isla— es un pueblo aferrado a un cerro que domina el fértil valle de naranjos y limoneros, entre laderas y fuentes que brotan de la montaña. En invierno, el susurro de las aguas del torrente mayor baja por las solemnes y majestuosas montañas. Las casas de piedra trepan por los flancos hasta la iglesia fortificada, cerca del cementerio —estampa geórgica de la muerte calmada— donde, desde diciembre de 1985, está la tumba del poeta inglés Robert Graves.

En sus poemas, Robert Graves conjuró la guerra y la muerte pero sobre todo habló del amor y de la Diosa Blanca porque “la prueba de la visión de un verdadero poeta es la precisión de su retrato de la Diosa Blanca y de la isla que gobierna”. Durante la Primera Guerra mundial, Graves luchó en los campos franceses y, el mismo día que cumplía sus 21 años, le dieron por muerto aunque, afortunadamente, “The Times” de Londres pudo rectificar tan inexacto obituario. Después, a los 33 años, escribió la autobiografía “Adiós a todo aquello” —al año siguiente, su padre, poeta patricio del renacimiento irlandés, escribía “Volver a todo esto”—, despidiéndose de un pasado de horror bélico en las trincheras. Diez años después del final de la guerra —años atroces para el joven poeta, con la muerte apareciéndosele cada noche en los túneles de la terapia psiquiátrica— la escritora Gertrude Stein le recomendó que fuera a conocer la isla de Mallorca. Gertrude Stein y su amiga Alice B. Toklas habían vivido en la isla el año 1915 y se asombraban escuchando —España era neutral en la gran guerra— a los indígenas que discutían de los millones que costaba la guerra. Graves dijo entonces adiós a los blancos acantilados de Dover y —con la excepción del paréntesis de la guerra civil espa-

ñola y la Segunda Guerra mundial— raras veces abandonó el pueblo de Deià: había descubierto en él el poder alucinatorio, una manifestación evidente de la divinidad lunar: en ningún otro lugar de Europa —escribió en “Mallorca observada”— la luna es tan intensa como en Deià.

Cuando Graves llegó, Deià era un pueblo de medio millar de habitantes, que solían emigrar a América del Sur. Alguien había escrito que si Giotto hubiera querido pintar un “belén” habría pintado un pueblo como Deià. Desde siempre los pintores iban a pintar las montañas, el verde oscuro de los olivos y el infinito azul del mar, el más azul que haya podido contemplar nunca D. H. Lawrence. Deià està cerca de Miramar, la gran finca del Archiduque Luis Salvador de Austria, hombre de ojos azules, de complexión gigantesca, tan apasionado por las islas mediterráneas que escribió un estudio enciclopédico sobre las costumbres y vida de Mallorca: tampoco quiso que en sus tierras se podaran los árboles, ni permitió la caza. En el siglo XIII, en Miramar, había una escuela de lenguas orientales —fundada por Ramon Llull, gran figura del pensamiento místico y de la tolerancia ecuménica, inicio de la literatura catalana—, la primera escuela de misioneros creada en el mundo cristiano. Allí, contemplando la amplitud del mar, que siglos después Graves vería día tras día, Llull escribió: “El mar, correntía del mundo...”. Graves construyó su casa en Deià, donde le parecía que las vibraciones de las piedras y del mar hacen que la gente sea más lo que es: más buena o más mala. El magnetismo de las montañas favorecía sus tratos con el poema y con la vida. Sabía que pocos poetas han escrito poemas a las ciudades, probablemente porque la antigua tradición poética estaba muy unida a los árboles, frutas, flores y estrellas. Pero lo esencial —para Graves, poeta esencial de la lengua inglesa— no era sólo el espectáculo de la sensualidad desgarrada de la hora del ocaso en Deià; había también una grávida y tangible presencia que nos

hace sentir como intrusos en el territorio del enigma. Desde entonces, aquel territorio fue la patria de Graves, tanto como la lengua a la que subyugaba en forma de poemas de alta tensión emocional, nítidos, secos, de superficie casi fría y siempre ingeniosa, pero con aguas quietas que fluyen en las profundidades con ansiedad y con exaltado goce. Con aquella luna tan intensa comprendió que el tema de la poesía no es otro que el amor y el temor que el poeta siente ante la musa. Nada es posible sin la ayuda de la Diosa Blanca —triple diosa: madre, amante y destructora de los hombres— y de aquellas mujeres poseídas por la “belle dame sans merci”, de las que debemos enamorarnos a toda costa. Graves sostenía que en el terreno de la iglesia y el cementerio de Deià se había levantado, en tiempos históricos, un santuario ibérico dedicado a la Diosa Luna.

Graves caminaba con un capazo por las calles de Deià, con un sombrero de paja o cordobés, saludando a la colonia de artistas y escritores —que él había involuntariamente convocado— que buscaban una transfiguración de la vida metropolitana y la distancia del silencio. El poeta bajaba a nadar en la pequeña cala y después —entre atlas, diccionarios y repertorios de mitología— escribía y reescribía poemas o tramaba novelas donde los argonautas iban a buscar el vellocino de oro por aquel mar siempre viejo o Nausica revelaba antiguos enigmas. De 1929 a 1936 no salió de la isla; en agosto del año 1936 —la guerra civil española había comenzado el mes anterior— se marchó en el destructor inglés que recogía a la colonia británica y regresó en mayo del año 1946. Allí vivió feliz, escribiendo la segunda parte de su biografía, recordando historias de amantes —“inocentes, gentiles, atrevidos, perdurables, orgullosos” bajo los olivos, en la Isla de la Poma, de luna peligrosamente clara—, magnetizado por las montañas, atento al ciclo agrícola anual, conjurando con poemas a la muerte —hasta que la muerte llegó. ●